

La armadura de Saúl y la camiseta de David (1 Samuel 17:1-23)

Introducción general

¿Qué normas y criterios utiliza Dios para determinar la evaluación final de la vida de un creyente? ¿Qué tengo que ver yo con los reyes de Judá? ¿De qué me va a servir saber sobre algo que sucedió hace dos mil quinientos años? ¿Qué significa la expresión: “hicieron lo bueno (lo recto, lo justo) delante de Jehová”?

Por lo general, cuando los seres humanos clasificamos el éxito o fracaso en la vida de otro ser humano usamos distintos criterios. Por ejemplo, nos podríamos preguntar: ¿A qué nivel social pudieron llegar? ¿Qué beneficio económico pudieron obtener? ¿Qué impacto social o espiritual causaron en los demás? ¿Por qué algunos tienen éxito en su lugar de trabajo pero son un fracaso en su hogar?

El sistema popular, “mundano”, utiliza, por supuesto, criterios muy visibles y terrenales, como son la capacidad económica o la popularidad, para medir el éxito o fracaso que la persona pudo obtener. Cuando estudiamos la vida de los reyes nos damos cuenta de que si bien ellos llevaban puesta una corona de oro, eran tan propensos a caer como cualquiera de nosotros. Aunque ellos vivieron hace tantos siglos atrás, reaccionaban de maneras muy similares a como lo hacemos hoy en una situación parecida.

No es casualidad que el Espíritu del Señor haya guiado a los escritores bíblicos para que escribieran sobre la vida de estas personas en las Escrituras: *“Pues lo que fue escrito anteriormente fue escrito para nuestra enseñanza...”* (Ro 15:4).

Dios en su santidad y justicia no ha encubierto nada acerca de estos hombres que, en su tiempo, ejercieron el cargo de más responsabilidad en el país. Estas biografías se nos presentan como fotografías “sin retocar”. Vemos a estos hombres en forma transparente tal como eran y no como nos gustaría que hubiesen sido.

Es por eso que podemos ver que cuando David lucha contra el gigante Goliat se nos presenta como el campeón, como alguien que tiene una fe tan grande en Dios que sale a pelear convencido de que ese coloso va a caer como si fuera de cartón. Sin embargo, cuando se convierte en el rey ese mismo David se nos presenta como el que peca de una manera brutal. El pecado de David se produce como en una reacción en cadena, pues comete adulterio, engaño, traición a un militar fiel y hasta un asesinato que va a ser ejecutado por terceras manos.

Es como si viéramos a David bajar por los escalones desde la azotea del palacio, y mientras da cada paso ir maquinando su pecado. Es como si pisoteara con sus pies enlodados esos hermosos salmos que ha escrito, que hablan de la piedad y la justicia.

Una y otra vez el escritor bíblico nos dice: *“Hizo lo bueno”*. Sin embargo, al seguir leyendo la historia nos damos cuenta de que un gran pero se atraviesa frecuentemente. Creo que este es un mensaje genuino para nosotros en el día de hoy. Dios nos está mirando y juzgando así como lo hizo con las siete iglesias en Asia (Ap 2-3).

El Señor quiere ayudarnos para que podamos seguir firmes hasta el fin. Él quiere hacer de cada uno de nosotros un triunfador, uno de quien se pueda decir: *“hizo lo recto ante los ojos del Señor”*.

Si hemos caído y en verdad nos arrepentimos profundamente, él Señor nos da una nueva oportunidad. El caso de David, que acabamos de mencionar, es un buen ejemplo.

Las palabras de **(He 11:5)** son como un cartel de neón fluorescente que dice: *“Antes de su traslado, recibió testimonio de haber agradado a Dios”*.

Escuchemos al apóstol Pablo, quien sin duda podía mirar su vida y saber que no había sido un fracaso. *“He peleado la buena batalla; he acabado la carrera; he guardado la fe” (2 Ti 4:7)*.

Quizá muchos nos podemos identificar con Josafat, Ezequías o Josías. Fueron hombres que realmente amaban al Señor pero que también tenían debilidades muy similares a las que tenemos nosotros.

He tratado de recrear las escenas y a veces los diálogos con el fin de captar el significado de la historia de una manera más profunda y cercana a la realidad. Imagino conversaciones y reacciones que probablemente ocurrieron.

Si de alguna manera logro hacer estas historias más auténticas (como lo fueron) y de provecho para nosotros, le doy gracias al Señor. Exhorto a los predicadores y maestros jóvenes a conocer y utilizar estas historias que Dios puso con un propósito en su Santa Palabra.

Es probable que al estudiar la vida de estos reyes nos quedemos pasmados por la gravedad del pecado que algunos de ellos cometieron. Sin embargo, también podemos ver la gracia de Dios. Y en aquellos casos a los cuales cualquiera de nosotros hubiera declarado como “desahuciados”, podemos escuchar el veredicto divino: *“Hizo lo recto”*.

David y Goliat

En la tranquilidad del mediodía un pastor está tañendo su arpa. Una dulce melodía de adoración se eleva a Dios. Quizá las palabras sean: *“Sobre el león y la cobra pisarás... yo lo libraré...” (Sal 91:13-14)*. *“No te dejaré ni te desampararé” (Sal 1:5)*. *“El Señor es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?” (Sal 27:1)*. Y una y otra vez reitera las mismas palabras: *“¿De quién temeré?”*.

De pronto, se oye un balido desgarrador. Una oveja ha sido atacada por un león. El joven deja su instrumento, toma un palo largo con una punta metálica y sale corriendo para ayudar al animal en desgracia. Al llegar, observa la triste y cruel escena. Un león está arrastrando a una oveja que todavía está viva y gime. El pastor no vacila y se lanza contra el león. La fiera deja a su víctima para atacar al intruso. El corazón de David palpita con toda su fuerza. Al mismo tiempo le parece que escucha las palabras que acaba de cantar: *“No te dejaré ni te desampararé”*. Con un certero estacazo atraviesa el cuello del animal que se revuelca y cae muerto.

Con ternura, David se acerca a la oveja; le hace las curaciones necesarias con lo improvisado que tiene a la mano y la pone *“sobre sus hombros” (Lc 15:5)*; luego, vuelve a su lugar.

Han pasado muchos meses.

En la sala principal de la casa real el monarca se encuentra rodeado de los jefes del ejército. Los mensajeros vienen en forma regular con noticias del frente de batalla.

— Alteza, esta mañana salió nuevamente el gigante y nos insultó como siempre y también se burló del nombre de Jehová de los Ejércitos.

El rey y sus jefes militares ponen caras “de circunstancias”. Sin embargo, nadie se anima a ir a pelear contra Goliat, a pesar de los honores y favores que el rey ha ofrecido. Goliat es verdaderamente aterrador. ¡Tiene una fuerza brutal! Es implacable y cruel con sus enemigos, y ha demostrado eso muchas veces. Posee una protección completa y perfecta.

El rey mira a los comandantes y capitanes. Son hombres aguerridos y han peleado muchas veces. Muchos de ellos tienen las cicatrices de conflictos anteriores. Si fueran guerreros en el día de hoy tendrían medallas y escarapelas por todos lados. Mientras los mira, el rey pregunta:

— ¿Hay aquí algún voluntario que se anime a pelear contra Goliat?

Los capitanes y comandantes esquivan la mirada bajando los ojos a la tierra. Es que ninguno de ellos se atreve a ofrecerse. Es demasiado arriesgado, el enemigo es formidable. ¡Sería una batalla perdida!

— Majestad — dice uno de los sirvientes —, el joven que usted mandó llamar está aquí; él dice que está dispuesto a pelear contra el gigante. A mí me parece que es desperdiciar el tiempo, es apenas un muchachito pero ¡parece tan resuelto! Ya le informé que estamos buscando a un guerrero y no a un aprendiz, pero él ha insistido.

— Hazlo pasar — dice el monarca.

El joven es conducido al interior de la sala de la casa real. El ambiente es espacioso y tiene muchos arreglos y adornos. Hermosas alfombras están por todas partes. El joven entra con paso firme y saluda con respeto al rey y a todos los presentes.

El joven es de buen parecer y musculoso, quizá tendrá entre unos 16 a 18 años de edad. Su atavío es de ropas limpias y sencillas. Viste como un pastor. Su mirada denota determinación.

La mayoría de los militares al verlo no pueden evitar una sonrisita burlona, como si se dijeran a sí mismos: “Y éste, ¿quién se cree que es?”.

El joven habla con naturalidad y firmeza: *“No desmaye el corazón de nadie a causa de él (Goliat). Tu siervo irá y luchará contra ese filisteo” (1 S 17:32).*

El rey responde: *“Tú no podrás ir contra este filisteo para luchar contra él; porque tú eres un muchacho, y él es un hombre de guerra desde su juventud” (1 S 17:33).*

David no se enoja ni se ruboriza sino que con toda calma y respeto da la respuesta. Al hacerlo demuestra su humildad y sumisión al rey: *“Tu siervo ha sido pastor de las ovejas de su padre. Y cuando venía un león o un oso y tomaba alguna oveja del rebaño, yo salía tras él, lo hería y la rescataba de su boca. Si se levantaba contra mí, yo lo agarraba por la melena, lo hería y lo mataba” (1 S 17:34-35).*

Los generales se miran entre ellos con una expresión de burla, como diciendo: “otra historia más de hazañas que no se pueden demostrar”.

David continúa y dice: *“Fuese león o fuese oso, tu siervo lo mataba. Este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha desafiado a los escuadrones del Dios viviente. ¡El Señor que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, me librá de la mano de ese filisteo!” (1 S 17:36-37).*

El rey queda impresionado con la convicción de este joven. Sin embargo, los comandantes del rey hacen un gesto como diciendo: “Palabras, palabras y nada más que huecas palabras”.

El rey ahora demuestra su buena voluntad. Él quiere de alguna manera participar en la empresa. En vista de que ni él ni sus “aguerridos” soldados se animan a ir a pelear, Saúl le ofrece su armadura: *“Saúl vistió a David con su propia armadura. Le puso un casco de bronce sobre su cabeza y lo vistió con una cota de malla” (1 S 17:38)*. Pero lo que el rey Saúl no sabía era que al hacer esto simbólicamente se estaba despojando el mismo de la investidura real. El mismo monarca estaba invistiendo al joven pastor de ovejas como futuro rey.

Saúl le tenía mucha confianza a esa armadura. Sin duda que era de buena calidad y le había costado mucho. Seguramente que era de las mejores que se podían comprar. Sin embargo, ¿de qué le servía todo eso si cuando había un enemigo muy fuerte él no se animaba a enfrentarlo?

Y el relato continúa: *“Luego David se ciñó la espada de él sobre su ropa e intentó andar, porque no estaba acostumbrado” (1 S 17:39)*. David intenta caminar pero no puede; parece un robot o un “extraterrestre” de una de esas series de televisión. Y David continúa: *“Yo no puedo andar con esto, porque no estoy acostumbrado” (1 S 17:39)*.

Allí está David con el casco, la cota de malla y la espada. Quizá los generales se mueren de risa y aun piensan: “¡Con ese equipo éste no llegará ni a la esquina sin besar el suelo muchas veces!”. Probablemente, el rostro del pastor se enrojece de vergüenza. David tomó una decisión inteligente: *“David se quitó de encima aquellas cosas” (1 S 17:39)*.

¡Esos instrumentos tan buenos de defensa le hubieran asegurado una derrota!

La única oportunidad que David tenía para vencer estaba en el ataque, no en una defensa. El casco del orgulloso rey no le iba a proteger la cabeza. La cota de malla del hombre que Dios había desechado no le iba a proteger el corazón. La espada del soberano que ha sido excluido por la desobediencia nunca va a tener la bendición de Dios. ¡La camiseta del joven de fe lo protegía mejor que la coraza del rey, que fue rechazado por desobediente!

La coraza, el casco y la espada quedan relegados en el rincón de la sala.

Los generales todavía se están riendo de lo gracioso que lucía David con esa armadura tan desproporcionada para su cuerpo. Con un saludo al rey y a los presentes el joven pastor deja la sala para cumplir su misión.

La noticia ha corrido y ha llegado a los dos campamentos. Goliat tiene un contendiente que va a defender el estandarte de Israel.

La historia bíblica y nosotros

Nos preguntamos cómo hizo David para vencer a un león y a un oso. ¿Lo logró con su propia fuerza y habilidad, o por algún poder “sobrenatural” que le dio el Señor?

Algunos comentaristas tratan de eludir el problema diciendo que esos leones eran más pequeños que los comunes y los osos no eran tan feroces.

Si eso fuera así, no tendría nada de sorprendente como para que David citara tales casos a Saúl. Por el contrario, estas fieras eran muy temibles y la única manera en que David las pudo vencer fue por la ayuda específica de Dios y no tanto por su habilidad humana. David lo dice claramente: *“¡El Señor, quien me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él me librará de la mano de ese filisteo!” (1 S 17:37)*.

Del mismo modo, nosotros no podemos vencer a Satanás por nuestra propia fortaleza pero si lo podemos vencer con la ayuda del Señor. *“Y el Dios de paz aplastará en breve a*

Satanás debajo de vuestros pies...” (Ro 16:20). Probablemente yo me podría defender de un león si tuviera un buen cuchillo, pero mi problema sería el miedo que me paralizaría.

Cada detalle del texto bíblico nos muestra en forma clara que este enemigo era muy peligroso. Tendría unos 2,70 metros de altura. Pesaría unos 300 a 375 kilogramos. Su casco y el resto de la armadura pesarían unos 60 kilogramos. La punta de la lanza pesaba 7 kilogramos. Era un guerrero absolutamente “invencible”.

El rey trata de disuadir a David aludiendo a su juventud y falta de experiencia. A veces hay personas que realmente quieren ayudarnos pero lo único que logran es desanimarnos. La vida de David es un ejemplo de alguien que una y otra vez es menospreciado. Los que lo ven piensan que él no es la persona ideal o que no tiene estas y otras cualidades. ¡Qué fácil es para nosotros desalentarnos en situaciones muy similares!

Este mundo está repleto de individuos que nos dirán una y otra vez: “tú no podrás”.

Pablo tenía una respuesta para todos aquellos que le dirían: “tú no podrás”. Él se gozaba en las palabras: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”* (Fil 4:13).

Por supuesto que David era joven, claro que no había tenido un adiestramiento militar formal pero había sido entrenado por Dios. el Señor lo había preparado. Esas luchas con el león o el oso no fueron accidentes casuales. Dios las había orquestado y permitido con un propósito. Sin duda que la primera vez que se enfrentó a una fiera peligrosa debió haber tenido el temor que se produce en una situación así. Quizá atacó a la bestia con un palo fuerte y con un metal filoso en la punta, como una lanza. Allí aprendió que Dios es una ayuda real en la necesidad. Qué fácil hubiera sido dejar la oveja que después de todo estaría muy herida y quizá iba a morir de todas maneras (Am 3:12).

Sin embargo, David no pensaba así. El era responsable por cada oveja. El cuidado del Señor Jesucristo hacia las ovejas que su Padre le encargó (Jn 17:12) es mucho mayor del que David tuvo hacia su rebaño. ¡Hermosa imagen de la seguridad eterna de la salvación! Si nosotros permitimos que el Señor nos enseñe vamos a estar bien equipados para la lucha espiritual.

El rey Saúl se despojó simbólicamente de su investidura cuando él mismo le puso su armadura a David. En la iglesia local podría ocurrir lo mismo. Cuando no cumplimos y desarrollamos nuestros dones, el Señor puede levantar a otro hermano que quizá no está tan bien dotado o capacitado pero que tiene el deseo de servirle: *“Por tanto quitadle el talento y dadlo al que tiene diez talentos”* (Mt 25:28).

Lo que parecía humanamente lógico en cuanto a usar la armadura de Saúl para enfrentar al gigante Goliat, hubiera terminado siendo una derrota absoluta para David. Que el Señor nos ayude para poder darnos cuenta de que *“las armas de nuestra milicia no son carnales”* (2 Co 10:4). Nuestra batalla es del Señor y usaremos los modos y medios que él permita. En las cosas espirituales el fin nunca justifica los medios. Los instrumentos del hombre son desechados por Dios y no son de ninguna ayuda, por el contrario estorban.

Queremos remarcar que desde el punto de vista de táctica militar la única probabilidad de victoria que David tenía era atacando y no defendiéndose. ¿Con qué se iba a defender de un golpe de lanza cuya punta pesaba 7 kilogramos?

Recordemos que cuando todo parece perdido el Señor nos puede dar el triunfo. *“¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”* (1 Jn 5:5).

El líder que hay en mí

El líder espiritual necesita una instrucción directa de Dios que no puede ser impartida por los seres humanos. Este aprendizaje procede del estudio de la Palabra en forma personal. Esto debe estar acompañado por la disciplina de la oración.

Esta preparación la empezó David desde su juventud cuando cuidaba las ovejas. Allí aprendió a confiar en Dios de una manera admirable.

Dios le proveyó una manera muy especial para conocer temas sobre las relaciones públicas y el comportamiento entre los hombres importantes del estado. El Señor lleva a David al palacio donde él se educa a sí mismo por medio de la observación de cómo se desarrollan las relaciones interpersonales en la corte real.

Gracias al talento y don de la música es que David llega al palacio real, y es muy posible que sin él nunca hubiera logrado llegar allí. Todos tenemos un don similar al “arpa de David”. Si lo desarrollamos nos va a permitir alcanzar el lugar al cual nos gustaría llegar. La casa de Saúl fue una verdadera universidad para David y donde obtuvo todo tipo de experiencias de aprendizaje. El liderazgo sólido que va a ser efectivo a largo plazo requiere preparación. Si bien es cierto que muchos grandes hombres de Dios nunca pisaron una universidad ni un seminario, estos lugares pueden ser de gran bendición cuando son utilizados apropiadamente.

Los “caminos cortos” al final pueden llevar a caminos largos y lentos. David pudo haberse preguntado: “¿Qué hago aquí perdiendo el tiempo ejerciendo esta terapia musical, cuando tengo tantas otras habilidades que me gustaría desarrollar?”. David tuvo que esperar hasta el tiempo de Dios.

El proceso de llegar a ser líder

David, un hombre “tomado en poco”:

- Por su padre: *“Todavía queda el menor”* (1 S 16:16).
- Por el oso y león que lo atacaron: *“Si se levantaba contra mí yo lo mataba”* (1 S 17:35).
- Por Saúl: *“Tú no podrás ir...tú eres un muchacho”* (1 S 17:33).
- Por Goliat: *“Lo tuvo en poco porque era muy joven”* (1 S 17:24).
- Por su esposa Mical: *“Saltando y danzando... lo menospreció en su corazón”* (2 S 6:16).
- Por el rey Aquis: *“Acaso me faltan locos a mí”* (1 S 21:15).
- Por sí mismo: *“¿A quién persigues?... ¿a una pulga?...”* (1 S 24:14).

Temas para el estudio en grupo

La espada inservible por la desobediencia: La de Saúl (1 S 17:39).

La espada única: La de Goliat (1 S 21:9).

La espada que da valor: La de Gedeón (Jue 7:20).

La espada del apresuramiento: La de Pedro (Jn 18:10).

La espada de la desesperación: La del carcelero de Filipos (**Hch 16:27**).

La espada que lo penetra todo: La Palabra de Dios (**He 4:12**).

La espada de dos filos: La del Señor glorificado (**Ap 1:16**).

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué instrucción especial de parte de Dios recuerda haber recibido como resultado del estudio personal de la Palabra y la oración?
2. ¿Cómo está desarrollando su don similar al “arpa de David”, para alcanzar el lugar al cual le gustaría llegar?
3. ¿Qué valor tiene la experiencia en el proceso que lo ayudará a alcanzar el lugar al cual le gustaría llegar?